Editorial

“En el centenario del natalicio de Octavio Paz”

En muchos países se intenta incorporar en las políticas educativas las humanidades. Difícil tarea incluso para los humanistas. Una primera aproximación podría permitir que la educación explore el entrelazamiento perdido de la poética con la política. La voz de la poesía del siglo XX ha sido tan reveladora de esta necesidad como es hoy desatendida la historia y desoída la sabiduría de las tradiciones humanas. Una educación para el siglo XXI que continúe con la mutilada visión de la condición humana, sostenida por la total desconexión entre la prosa y la poesía (aunque esta división y terminología es muy pobre para tratar este asunto), conduce a la escisión de la persona y la esclerosis de la subjetividad. La disyunción y sobredeterminación de la búsqueda de la explicación universal y la eficacia organizacional por un lado, con respecto a la comprensión singular y evenencial de lo real por el otro, solo contribuirá a prolongar las condiciones de potenciación de la crueldad y la exclusión social e individual.

La educación tiene que reconfigurar los conocimientos, saberes y experiencias sociales y políticas heredadas del siglo XX, en función de un nuevo objetivo: crear las condiciones de posibilidad de una sociedad-mundo para el siglo XXI, basada en la plena conciencia y asunción de una de las grandes verdades de nuestra especie: “los hombres no matan solamente en la noche de sus pasiones sino también en la luz de sus racionalizaciones” (Morin).

No solo es necesario transmitir las tradiciones de nuestros conocimientos y saberes: la ciencia y nuestras pericias: el arte y la técnica, no solo es necesario enseñar a trabajar y sobrevivir, sino que también es preciso ayudar a un sujeto fugaz y discontinuo, una voz humana, a construir un proyecto de vida en medio de la incertidumbre y la enrrancia de la especie. Morin nos recuerda la propuesta de Durkheim, cuando en su obra “La evolución pedagógica en Francia”, señala que es preciso construir en el sujeto un estado interior y profundo, una polaridad del alma, es decir, un sujeto capaz de inventar su proyecto de vida e inventarse a través de la reflexividad de dicho proceso. Un proyecto consciente de autonomía en un contexto de incertidumbre que requiere no solo ingenio, sino también inteligencia creadora, esto solo es posible como una organización del conocimiento que Morin denomina “sapiencia”, término antiguo que significa sabiduría y ciencia. El mismo Octavio Paz venía señalando que detrás de las frenéticas actividades de las vanguardias del arte del siglo XX, había una búsqueda desesperada de una “sagasse” para vivir.

No sabemos cual será el lugar de literatura en el siglo XXI pero una sociedad del conocimiento sin poesía y novela es un saber parado sobre la mitad de la condición humana. Porque una política sin poética siempre termina en un reduccionismo cruel o una epistemología de la impotencia.

Dentro de este marco, sería conveniente recuperar el campo de las humanidades, pero no como una colección de disciplinas, sino como un conjunto de saberes acerca del desafío de la condición humana, que se construye sobre el fondo de la historia, las letras (incluyo a la filosofía), el arte, la religión, las tradiciones y la poesía.

Es lo que proponía Antonio Machado en su ficción sobre la necesidad de crear una escuela de sabiduría popular en un mundo contemporáneo enfermo de frenetismo y violencia: "...de nuestra escuela no habría de salir tampoco una nueva escolástica, la cual supone una Iglesia y un poder político más o menos acorde en defender y abrigar un dogma, con su tabú correspondiente, sino todo lo contrario, .enseñarle (al hombre) a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo." (Juan de Mairena)

Antonio Machado, testimonia a través de su heterónimo, la necesidad de combatir la fascinación de un mundo endemoniado con las armas de la ironía y la ficción. Esta sabiduría ha quedado, por propio mérito, excluida de las construcciones sistemáticas del pensamiento, por su intento de distanciarse de todo pensamiento congelado por la desmesura de los sistemas de una razón dislocada y una imaginación fatigada.

La poesía, entonces, no es un fenómeno aparte de la vida, es un medio para la liberación que implica conocimiento y aventura es pasión, rigor y disparate, una vida en busca de más vida. Es una búsqueda interminable por trascender la conciencia, el lenguaje y la historia. No es una estética, es una poética: búsqueda de la otredad del ser, de la posibilidad de recuperar la niñez, "la búsqueda interior de un hombre olvidado" (Bretón). Un ejercicio de desmontamiento de hábitos petrificados, de visiones congeladas, una especie de geología carnal que lleva al hombre a desvestir lenta y resueltamente su alma para ir al encuentro de la simpatía. Es un proceso de desreconocimiento continuo de sí y del mundo, búsqueda y conocimiento de ese sí mismo siempre otro y siempre el mismo; movimiento consistente en un juego entre ver y cegar. Juego de una visión que trascienda la mirada para leer "el revés de la trama" (Olga Orozco) y a su vez vislumbrar la "espalda de Dios" (Roberto Juarroz). Es la transformación del apego por lo conocido e ilusorio, en compasión por lo desconocido pero presente y cercano.

El Director